

FERNANDO DE HARO

LA
VENTAJA
DE MIRAR
INSISTENTEMENTE

UNA LATA
DE SOPA



La ventaja de mirar insistentemente una lata de sopa

Fernando de Haro

La ventaja de mirar
insistentemente una
lata de sopa



© El autor y Ediciones Encuentro, S. A., Madrid, 2020

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 64

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-013-0

Depósito Legal: M-647-2020

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda, 20 - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
LA UTILIDAD DE LAS PREGUNTAS TORPES E INGENUAS.....	9
CAPÍTULO I	
UN MUNDO CURVADO	13
Solos en la bolera: la antropología del mundo curvado.....	26
Desconexión de la realidad, noticias falsas y postverdad	37
¿La Inteligencia Artificial puede representar una oportunidad?	46
La tentación de la reacción	52
CAPÍTULO II	
EL ARRANQUE DEL XXI: CRISIS ECONÓMICA, TERRORISMO Y REFUGIADOS	56
Repensar el Estado, repensar el mercado	56
El terror del siglo XXI	67
Justicia, víctimas y perdón.....	73
Refugiados y muros	79
CAPÍTULO III	
UN MUNDO POSTSECULAR	87
El islam en busca de la ciudadanía	88
El cristianismo y las leyes	93
Testimonio y martirio.....	101

CAPÍTULO IV	
DEMOCRACIA: ELLOS TAMBIÉN	
SON NOSOTROS	109
Populismo y valor del otro	112
La democracia española	125
Nacionalismo, universalidad y autodeterminación	130
Cartas de un amigo: una política más allá de la ideología	134
POSTDATA	155

A Carmina Salgado, ya en la Luz, siempre amiga

INTRODUCCIÓN

LA UTILIDAD DE LAS PREGUNTAS TORPES E INGENUAS

Hay veces que no queda más remedio. No queda más remedio que reconocer que no entiendes lo que ves, lo que pasa delante de tus ojos, lo que has oído, lo que has leído. Es una refrescante humillación para alguien que se dedica a contar qué ocurre. Refrescante porque en ese momento te liberas del papel asfixiante de analista que recurre a respuestas prefabricadas. Hay veces que tienes que reconocer que lo poco que sabes no sirve, que te hacen falta herramientas con las que no cuentas. Y hay ocasiones en que intuyes, además, que lo mucho que conversarás, que compararás, que leerás tampoco te dará la respuesta definitiva porque lo que está ocurriendo está fresco, se escapa a los esquemas habituales. Entonces empieza lo interesante. Esos momentos en los que se dispara la curiosidad, en los que la necesidad de comprender se hace acuciante, son pequeñas o grandes erupciones de vida. Me han asaltado en momentos muy diferentes. Los viajes, las emboscadas de la belleza, la indignación, el fastidio por la violencia o la injusticia suelen favorecer esas revelaciones en las que la realidad, de pronto, aparece con una dimensión imprevista. Aparece lo nuevo y la imperiosa necesidad de comprenderlo. Me ha sucedido, por ejemplo, con una de mis alumnas de menos de veinte años que me confesó que para ella la democracia no merece la pena. El golpe de escuchar a una joven ir en contra del sistema democrático, para alguien de mi generación que lo recibió con una fiesta y que no

ha dejado de estimar su forma representativa, desarrollada por la Constitución, plantea sin duda muchas preguntas. Otras veces los interrogantes torpes o ingenuos llegan a las cuatro de la mañana en una ciudad como Alepo, todavía en guerra, en la que se escuchan las bombas y el muecín llama a la oración. O en un campo de refugiados en el Valle de la Bekaá, al comienzo del conflicto que ha asolado Siria. También delante de un buen capítulo de una buena serie o delante de un cuadro de Warhol. O cuando formulo una pregunta aparentemente banal a un invitado de mi programa de radio en la COPE. Estas páginas son el resultado de haber puesto en orden algunos materiales escritos con motivo de varias preguntas torpes e ingenuas que me he hecho en los últimos cuatro o cinco años.

En el primer capítulo he agrupado el intento por comprender algunas claves culturales, sin olvidar la geoestrategia, del mundo en que vivimos. Lo que María Zambrano llamaba «los frutos de ceniza, mordidos por la nada», acompañados de un deseo de libertad y de liberación que pervive cincuenta años después del 68. No encontrará el lector en ningún caso un relato nostálgico de mundos mejores, y de hecho, el último epígrafe lo he titulado «la tentación de la reacción». Me enfrento a las raíces de la soledad, que se me hizo especialmente evidente en varias visitas realizadas en los últimos años al Reino Unido. Y a fenómenos como las noticias falsas y el reto de convivir con la Inteligencia Artificial.

Si el lector llega hasta el segundo capítulo, se encontrará con un intento de llegar a explicarme las dos grandes crisis de los últimos años, la crisis de los refugiados y la crisis económica. Durante años me dediqué al periodismo económico y no me he conseguido arrancar del todo la espina. Mi deseo por llegar a explicarme el terrorismo yihadista creció exponencialmente después de haber estado muy cerca del cuartel general del Daesh en Mosul.

Y así llegamos al capítulo tercero, dedicado al islam y al cristianismo en un mundo plural y al valor que en este tiempo puede tener el testimonio de los bautizados que son perseguidos por ser fieles a aquello en lo que creen. Este último apartado es el destilado de lo

que he pensado y sentido visitando Egipto, Siria, Iraq, Palestina e Israel, Nigeria, India, China y Pakistán.

El último capítulo es el más político, el dedicado a la democracia, al auge de los populismos y de los nacionalismos. Es un fenómeno que he conocido en algunos de los países a los que he viajado desde 2014. Hay sin duda un vínculo entre el momento cultural que vivimos y las reacciones políticas, entre la perplejidad ante la globalización y la búsqueda de identidades que a menudo son excluyentes. Es un fenómeno que se produce a la par que el paisaje más confortable que acompañaba a la democracia española desde la Transición desaparece. Este capítulo finaliza con un intercambio epistolar con Mikel Azurmendi.

La lecturas de estas páginas no exige, ni mucho menos, seguir el orden en que han sido editadas. De hecho, quizás lo más conveniente sea que cada lector empiece y, si no queda muy defraudado, continúe por donde le parezca oportuno.

¿Por qué en este mundo puede ser una ventaja mirar insistentemente una lata de sopa? Vamos a ello.

CAPÍTULO I

UN MUNDO CURVADO

Desde hace años suelo participar en la que es una de las mayores convocatorias culturales populares del verano en toda Europa, el Meeting de Rímini. Mis conocimientos de física están muy por debajo de los de cualquier estudiante que haya concluido la ESO. Mi itinerario fue el de un clásico alumno de Letras. Pero a pesar de mi ignorancia, intento seguir las noticias divulgativas que se publican sobre los nuevos descubrimientos en torno al origen, tamaño y desarrollo del Universo. Por eso, cuando vi, en el verano de 2016, en el programa de esta convocatoria cultural, un encuentro dedicado a las ondas gravitacionales, decidí asistir.

Tuve la fortuna de que una de las ponentes, Laura Cadonati, investigadora en el Georgia Tech y portavoz del Observatorio de Interferometría Láser de Ondas Gravitacionales (LIGO), nos contara de un modo muy comprensible el importante descubrimiento que se había producido meses antes. El cambio era profundo. El LIGO había recogido las pruebas empíricas de las ondas gravitacionales descritas de forma teórica hacía cien años por Einstein. «Oímos», con la ayuda de la profesora, el sonido de las ondas provocadas por una colisión de dos inmensos agujeros negros que se fundieron hace mil cuatrocientos años. Si entendí bien, la física de Newton había quedado definitivamente enterrada. Ya no había lugar para la especulación: la gravedad es una curvatura del espacio y del tiempo, no hay parámetros fijos.

La física de Newton encarna, de un modo subconsciente, el edificio de certezas en el que nos apoyábamos los modernos. Días después, sentado en una bonita playa portuguesa, mientras leía las últimas noticias en el móvil, se me hizo claro que no solo hemos despedido la física tradicional, también hemos dicho adiós a un modo de concebir la soberanía de los Estados, de entender la economía y de entendernos a nosotros mismos. La física de Newton nos «liberó» de una espiritualidad acrítica. Nos proporcionó una mecánica «limpia» de infinito: los cuerpos se movían según unas leyes estables, fácilmente comprensibles sin interferencias espirituales. La naturaleza, «liberada» de transcendencia, nos permitía vivir en un universo de normas sencillas que hacían relativamente fácil la existencia.

La física de Newton hasta no hace mucho tenía una traducción orgánica en el mundo de la economía. Así como los cuerpos materiales actuaban según unas leyes predecibles y asépticas, interpretábamos que los agentes del mercado se movían en una armonía casi perfecta, garantizando a cada uno, en la persecución de su propio interés, el interés colectivo. Creíamos, es verdad que con algunos matices, en la eficacia de la «codicia de los panaderos». Los panaderos tenían el legítimo deseo de hacer dinero y eso hacía posible el milagro de que cada mañana sobre nuestra mesa hubiera un buen pan para el desayuno, pagado al precio justo. Ni siquiera la crisis del 29 del siglo XX nos hizo perder esa seguridad elemental. Era necesario, eso sí, hacer ajustes, dotar al Estado de más capacidad para regular, para compensar (introducir ajustes éticos) y para garantizar el bienestar. De hecho, a la crisis de los setenta y de los ochenta, respondimos con un entusiasmo desregulador y en muchos casos con un defensa de la subsidiariedad que tenía mucho de liberalismo ingenuo. Aunque han pasado ya más de diez años desde la crisis que comenzó en 2008 con la quiebra de Lehman Brothers, seguimos desconcertados. Hemos intentado aplicar la solución que fue efectiva en 1929, pero nos hemos dado cuenta de que no tenemos a quién pedirle un New Deal. De hecho, la solución ha sido que nuestros bancos centrales hayan recurrido a una

política monetaria expansiva. Y además nos hemos dado cuenta de que el Estado tal y como lo entendíamos ya no existe.

A nosotros los modernos, lo que nos mantenía firmes en el suelo era la física de Newton y todas sus consecuencias, un determinado concepto de la economía liberal y un modo de entender la soberanía bien definido, estático y suficiente. Desde la Paz de Westfalia (1648), cada Estado era titular de una soberanía que lo definía respecto a otros Estados. La fórmula del *cuius regio, eius religio* se transformó en una identidad nacional secularizada. El soberano dejó de ser el rey y, gracias a Rousseau y a los puritanos fundadores de «la ciudad en la colina» de Nueva Inglaterra, se convirtió en el pueblo que con su voluntad pactaba serlo. Para la nueva religión de la democracia había un nuevo soberano con los mismos atributos que se le reconocían a Dios: sobre todo la capacidad de elegir entre una otra y opción y de convertir en acción lo que había elegido. También hemos perdido esto. El Estado soberano, creado por el pacto de nuestra voluntad, ha perdido la capacidad de decisión que le definía. Salimos a las plazas, nos indignamos. Pensamos que es una ideología conservadora la que impide a las instituciones gastar más y hacer más para recuperar el bienestar que hemos perdido. O, si tenemos otra sensibilidad, argumentamos que es una ideología buenista la que impide frenar la llegada de los inmigrantes. Pero es inútil enfadarse porque las leyes de la física no vuelvan a ser lo que siempre fueron. En la ventanilla de reclamaciones hay diligentes funcionarios que nos escuchan, pero detrás de ellos ya no está aquel Estado soberano que creamos los europeos tras la Guerra de los Treinta Años. En su lugar hay instituciones, a menudo impotentes, sometidas a fuerzas supraestatales. También los espacios de la soberanía se curvan, se diluyen.

Westfalia ha muerto y la república de los panaderos nos ha dejado arruinados y exhaustos. Lo decía en *La paradoja de la globalización* (Antoni Bosch, 2012) el profesor de Harvard Dani Rodrik con su famoso trilema: no se puede tener simultáneamente hiperglobalización económica, soberanía nacional y democracia. Solo podemos tener dos de esos elementos a la vez.

Ni la física ni la soberanía son ya lo mismo. Pero los valores no cambian. Esos valores que se fraguaron en la Ilustración y que hemos exportado a todo el mundo. ¿O esos valores también han desaparecido? Thomas Mann ya en 1932 se preguntaba: «¿Son eternos y universales los valores clásicos europeos o, son temporales, y están atados a un episodio de la historia de la humanidad?». Josep Piqué, el que fuera ministro de Asuntos Exteriores en el Gobierno de Aznar, una persona con capacidad de pensar de forma original en cuestiones estratégicas (impulsor en su día del Instituto El Cano), después de una estimulante entrevista, me regaló con una cariñosa dedicatoria, en 2018, su libro *El mundo que nos viene* (Deusto, 2018). La lectura de sus páginas me ha ayudado a intentar dar una respuesta a Mann. Piqué, tras repasar lo sucedido en el mundo durante los últimos años, incluyendo el nuevo protagonismo de Asia, la «vertiginosa evolución de la tecnología o la creciente relevancia estratégica de la ciberseguridad y las consecuencias de la Gran Recesión occidental», sostiene la conveniencia de hablar de lo que llama un «mundo postoccidental».

Piqué muestra su convicción de que en este mundo postoccidental, «Occidente va a seguir ganando batallas después de muerto». «Nos enfrentamos —sostiene— a un mundo cada vez menos occidental en su centro de gravedad que, en cambio, sigue evolucionando sobre la base de muchos de sus valores distintivos». El exministro apuesta por una suerte de síntesis neoclásica, una «síntesis postoccidental» en la que los valores ilustrados seguirán vivos.

El exministro tuvo la gentileza de encontrar tiempo en su apretada agenda para leer y presentar mi libro dedicado a la India, *No me lamento* (Elba, 2018). En el volumen algunas de estas cuestiones se abordan de un modo experiencial. La presentación en la deliciosa librería Los Editores de Madrid sirvió para que conversáramos sobre la síntesis que defendía Piqué. Y cuando le puse algunas objeciones a la pervivencia de los valores ilustrados, me reconoció que la síntesis occidental de la que hablaba era más un buen deseo que una realidad. A menudo seguimos pensando que la democracia, la libertad, la igualdad de género y de oportunidades, la tolerancia y

todos aquellos valores y creencias levantados por Occidente siguen en pie, robustos, quizás nublados, pero como un último imán y juez hacia los que el mundo converge. No es así. No hay valores sin sujeto, y el sujeto ya no existe o está muy debilitado.

En este primer capítulo me propongo dar unas pinceladas sobre este asunto desde las tendencias macro que marcan la geoestrategia, hasta el mundo micro del hombre de la revolución digital, del post-humanismo y la postverdad.

Empecemos por la geopolítica. Sin duda, el mapa del mundo debe ser invertido y el eje sobre el que pivotamos se encuentra ya en el Pacífico. Las dos mayores fuerzas enfrentadas en este momento son la de China y la de Estados Unidos. Imperio en auge, imperio en declive. El XIX Congreso del Partido Comunista (celebrado en 2018) y la concentración del poder, como no sucedía desde la época de Mao, en manos de Xi Jinping, ha supuesto una transformación definitiva de la estrategia del Imperio del Centro. La China de Xi es descaradamente imperialista. Su capacidad de exportar capital le permite comprar casi todo. La nueva Ruta de la Seda, que atraviesa el sudeste asiático, se extiende por el Cáucaso, llega a Europa y se abre en África y América Latina. Es un proyecto de dominio global. China se garantiza el control del Golfo de Malaca para acceder al Índico, establece cabezas de puente en Pakistán y Sri Lanka, compra el puerto del Pireo en Grecia, salpica con sus inversiones todo aquel punto que considera interesante para poder seguir creciendo. El mundo entero se apresta a participar en la nueva ruta, es el poder del dinero. El Gigante Amarillo por fin ha conseguido lo que siempre quiso: convertirse en una potencia marítima. Pero no es solo una cuestión comercial. Xi Jinping ha desarrollado toda una serie de instituciones multilaterales con epicentro en Asia. Tienen vocación de ser la alternativa al Banco Mundial, al FMI, a los órganos de «Gobierno del mundo» desarrollados por Occidente. Ahí está el Banco Asiático de Inversiones e Infraestructuras, el Nuevo Banco de Desarrollo y muchas otras entidades. Todo eso sería imposible sin el amplio respaldo de una población convencida de que su deseo de felicidad encontrará respuesta no en el mundo de los

valores ilustrados si no en el viejo-nuevo nacionalismo imperial de Xi. Ese nacionalismo, que acepta de buena gana la renuncia a las libertades y el sacrificio de una vida despiadada a cambio de una mayor capacidad de consumo, no cree en los valores occidentales, buscan su felicidad en otra parte.

La cuestión de Estados Unidos es más complicada. No se entiende el ascenso de Trump sin el estado de infelicidad de buena parte de los estadounidenses. La polarización interna que vive el país desde el mandato de Bush júnior, la fractura entre identidades conflictivas que cada vez tienen menos capacidad para reconocerse, el pavor a los efectos a la globalización, la mutación de los valores nacionales, probablemente pueden explicarse como la pérdida de los rasgos de la occidentalidad atlántica.

Putin en Rusia, con un país en evidente declive demográfico y económico, despliega sueños de dominio, utiliza el gas como arma de guerra, desestabiliza con la ciberguerra y aspira a controlar el Ártico que se deshuela, todo ello gracias al apoyo masivo de una población para la que el sueño imperial cuenta mucho más que la síntesis de la que habla Piqué.

Paradigmático ha sido el fracaso de las primaveras árabes: derrota de una revolución sin sujeto en un mundo de mayoría musulmana en el que la experiencia de libertad y de ciudadanía se abre paso de modo muy lento. He viajado en los últimos años por Líbano, Siria, Iraq, Israel, los Territorios Palestinos y Egipto y he visto un mundo en el que la instrumentalización política de lo religioso se ofrece como respuesta a las aspiraciones personales.

En este contexto es difícil defender la «perdurabilidad» de los valores ilustrados de la que hablaba Piqué y a la que también se refería Tzvetan Todorov en su libro *El espíritu de la Ilustración* (Galaxia Gutenberg, 2008). Un volumen que, en su descargo, hay que decir que fue escrito antes de que estallara la crisis. Todorov, después de describir los logros y los errores del pensamiento ilustrado, concluía que «la Ilustración forma parte del pasado —ya hemos tenido un siglo ilustrado, pero no puede pasar, porque lo que ha acabado designando ya no es una doctrina históricamente

«Warhol me obligaba a hacer un ejercicio que me rescataba, me recuperaba de los efectos más nocivos de la digitalización. La lata de sopa Campbell se convertía en una especie de corrección de la mirada del *homo videns*: el hombre al que el abuso de la pantalla ha mutado antropológicamente, el hombre que mira y ya no ve».

Partiendo de la contemplación de la obra del famosísimo artista neoyorquino en una reciente exposición, el periodista Fernando de Haro sugiere al lector un acercamiento al mundo en que vivimos, del que casi no comprendemos nada, y en el que las viejas leyes y automatismos que servían para explicarlo casi todo van desapareciendo.

De Haro aborda temas que han ido acompañándole durante su actividad profesional, como las crisis económicas recientes, el cristianismo, la democracia y la cultura, siempre en el tono de quien se reconoce humilde ante el conocimiento, permitiendo que la curiosidad del lector se dispare ante la necesidad de mirar para comprender.

LA VENTAJA DE MIRAR INSISTENTEMENTE UNA LATA DE SOPA



ISBN: 978-84-1339-013-0

